

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1. La fraternidad en la antigüedad	1
2. La fraternidad en la modernidad.....	2
3. La novedad y originalidad de la Revelación cristiana.....	3
4. Para concluir.....	6
5. Concretando.....	6
6. Compromiso	6
7. Y ¿cómo puedo ampliar?.....	6

TEMA 4. La fraternidad y el crecimiento de la filiación

La crisis de natalidad que padecemos ha hecho surgir la pregunta ¿Por qué tener hijos? (*Why have babies?*) con una inusitada urgencia. Lo inquietante de este interrogante es que parece necesario dar un buen saco de razones al hombre de nuestros días para que se convenza de que acoger a los hijos, pese a todas las dificultades que pueda conllevar, es un bien maravilloso. El desplome demográfico está provocando lo que se ha llegado a denominar “síndrome del hijo único o del pequeño emperador”. Esta escasez de hijos, unida a la plaga del divorcio, hace que los hijos vivan hoy con frecuencia como huérfanos. De este modo, la experiencia de la fraternidad se ha empobrecido y es necesario redescubrir su rico significado.

Las palabras hermano y fraternidad tienen una historia tan larga como la humanidad, ya que designan una experiencia primordial de los hombres. Ser hermanos significa, en primer lugar, recibir el mismo don, tener el origen en los mismos padres. Los hermanos provienen del mismo vientre, tienen el mismo origen. La fraternidad consiste, por tanto, en una filiación compartida. A partir de este primer significado se va ampliando por círculos concéntricos a otros ámbitos de relación. Si bien unidos por el nacimiento, la fraternidad expresa también la multiplicidad y diferencia que hay entre los hermanos.

1. La fraternidad en la antigüedad

Según la tradición, Roma fue fundada por dos hermanos gemelos, Rómulo y Remo. Ambos no se ponían de acuerdo acerca del lugar en que levantarían el nuevo asentamiento junto al Tíber. Remo prefería el promontorio del Aventino, mientras que Rómulo se inclinaba por la colina del Palatino. Así las cosas, decidieron dejar su disputa al arbitrio de los dioses y -apostados cada uno en su colina-, se quedaron esperando una señal de lo alto. La mañana del 21 de abril del año 753



a.C., Remo contemplaba el limpio cielo primaveral desde la cima del Aventino cuando divisó seis enormes buitres sobre su colina. Lleno de euforia, echó a correr hacia Rómulo, para anunciarle su victoria. Sin embargo, en ese mismo instante, una bandada de doce pájaros sobrevolaba el Palatino. Seguro de su victoria, y sin esperar la llegada de su hermano, Rómulo cogió un arado y comenzó a cavar el *pomerium*, el foso circular que fijaría el límite sagrado de la nueva ciudad, prometiendo dar muerte a quien osara atravesarlo.

Pero Remo, enojado por su derrota, lo cruzó desafiante de un salto. Obligado por el juramento que acababa de pronunciar, Rómulo dio muerte a su hermano, que fue el primero en pagar con su vida la violación de la frontera sagrada de Roma. Esta leyenda encerraba para los romanos una halagüeña promesa: su ciudad sería perfecta y jamás tendría fin, como el foso que rodeaba el Palatino. Pero contenía también una oscura amenaza: la sombra del fratricidio sobre la que estaba fundada planearía como una maldición sobre Roma, en cuya historia abundaron los asesinatos y las guerras civiles.

Si en el origen de la historia de la civilización romana se encuentra este relato de fraternidad, también en la cultura y filosofía griegas encontramos una reflexión sobre la importancia de ser hermanos.

En la antigüedad, quizás el punto culminante del desarrollo de la idea de fraternidad se encuentra, por una parte, en la filosofía estoica y, por otra, en los cultos de los misterios. La escuela estoica recibe su nombre del lugar donde se reunían sus miembros, un pórtico (en griego: *stoa*) decorado con pinturas. Se distinguen tres grandes periodos: la Estoa antigua, media y romana. Las crisis de las ciudades griegas dio lugar a un ambiente de cosmopolitismo universalista. En este contexto, Epicteto, filósofo estoico de la etapa romana, afirma que todos los hombres son hermanos porque tienen su origen en Dios. Por otro lado, en los cultos místicos, de un modo singular en la comunidad de Mitra con sus siete grados de iniciación, se desarrolla la fraternidad poniendo el acento en lo particular, en la singular comunidad en la que se encuentra una nueva familia espiritual.

2. La fraternidad en la modernidad

Liberté, égalité, fraternité son las palabras que la Revolución francesa graba en sus estandartes. Es cierto que algunos autores han reconocido que en comparación con la libertad y la igualdad, la idea de fraternidad ha tenido un lugar menos importante dentro de la teoría democrática. En todo caso, la igualdad y la fraternidad en su versión de ciudadanía, se han convertido en derechos de todos los hombres como programa político y revolucionario. Actualmente tenemos la *ciudadanía* como término talismán que desea expresar la igualdad de todos en un mundo globalizado. Como afirma el papa Francisco en su encíclica *Lumen fidei* “en la “modernidad” se ha intentado construir la fraternidad universal entre los hombres fundándose sobre la igualdad. Poco a poco, sin embargo, hemos comprendido que esta fraternidad, sin referencia a un Padre común como fundamento último, no logra subsistir” (LF 54).

Si la Revolución francesa tenía como lema la *fraternité*, desde el siglo XVIII recorre el mundo moderno un oscuro sentimiento de «hermandad» inmanente, de «fraternidad» universal. Esta fraternidad brota de poner en el centro de todo al



hombre y suplanta la imagen *transcendente* de «paternidad» que amparaba la concepción clásica y realista del universo. Si la paternidad se asociaba a la transcendencia, ahora la fraternidad sin la paternidad se va a asociar a la inmanencia.

A partir de la Ilustración, el camino lleva directamente al concepto marxista de fraternidad. Aquí se prefiere la palabra “camarada”, que etimológicamente proviene de “cámara”, por dormir en un mismo aposento. Desaparece ahora definitivamente la idea de la paternidad común de Dios. El socialismo, en contra del pensamiento ilustrado, es el retorno decidido a la distinción de dos ámbitos éticos. “¡Abajo la hermandad uniforme de todos los hombres!”. La humanidad se halla dividida en dos grupos antitéticos: capital y proletariado. La hermandad con unos incluye, pues, la enemistad con otros.

Marx, Freud y Nietzsche como maestros de la sospecha van a contribuir al eclipse de la paternidad, a la evaporación de la paternidad a favor de una fraternidad universal. Ejemplo paradigmático de este drama de la fraternidad en la modernidad se refleja en la novela inmortal de Dostoievski *Los hermanos Karamázov*, que comenzó a escribirse en abril de 1878. En la novela se percibe el influjo del filósofo y pensador ruso Nikolái Fiódorov. Éste abogaba por un cristianismo en el que la redención y resurrección del ser humano pudiera ocurrir en la tierra, cuando los hijos redimieran con sus acciones los pecados de sus padres. De este modo se lograría la unión de la raza humana en una familia universal. La tragedia del parricidio en esta novela representa la completa desunión de la humanidad para Dostoievski.

Aunque la religión y la filosofía influyeron profundamente a Dostoievski en su vida y en *Los hermanos Karamázov*, una tragedia mucho más personal alteró el curso de esta obra. En mayo de 1878 la redacción fue interrumpida por la muerte de su hijo de tres años, Aliosha. Su muerte fue devastadora para Dostoievski a causa de que el niño murió de epilepsia, una condición que había heredado de su padre. El dolor del novelista es palpable al leer el libro. Dostoievski llamó Aliosha al héroe de la novela, además de dotar a éste con todas las cualidades que él mismo admiraba.

Una experiencia muy personal también influyó en la decisión de Dostoievski de que fuera un parricidio el crimen que dominara la acción externa de la novela. Al tiempo que cumplía con la condena de trabajos forzados en Siberia por hacer circular textos políticamente subversivos en 1850, Dostoievski conoció a un joven llamado Ilinski que había sido condenado por asesinar a su padre para convertirse en heredero. Casi 10 años después de este encuentro, Dostoievski se enteró de que Ilinski había sido injustamente condenado y más tarde exonerado, cuando el verdadero asesino confesó su crimen. Muchas de las características físicas y emocionales del personaje Dimitri Karamázov son muy parecidas a las de Ilinski.

3. La novedad y originalidad de la Revelación cristiana

La Revelación cristiana nos presenta la fraternidad de un modo más personalista que la visión naturalista estoica y con un fundamento universal mucho más consistente que la visión de las religiones místicas.

En el Antiguo Testamento, el salmo 133 es el ejemplo más hermoso de una ética de la fraternidad: “Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos.



Es ungüento precioso en la cabeza...que baja por la barba de Aarón...Es rocío del Hermón que va bajando sobre el monte Sión” (Sal 133,1-3). En la Antigua Alianza, la fraternidad no estaba basada simplemente en la procedencia común según la sangre, sino en la elección común por Dios. No ocupa el primer plano la madre particular sino el padre común, Yahvéh. Israel tiene como Dios nacional de Israel al Dios universal. Pero existe una paternidad especial de Dios respecto de Israel, pues mientras que Dios es padre de todos los pueblos por la creación, de Israel lo es también por la elección.

En pasajes clave de la historia de la salvación aparecen pares de hermanos cuya suerte de elección o de reprobación tiene una peculiar vinculación. Se trata de Caín-Abel, de Ismael-Isaac, de Esaú-Jacob, de José y sus hermanos. En estos relatos podemos observar que la historia de la salvación es una historia de fraternidad, si bien no exenta de conflictos. Esta teología de los dos hermanos adquiere todo su sentido especialmente en el Nuevo Testamento. La difícil relación fraterna que recorre la historia de la salvación es recogida por Jesús, que llama a dos parejas de hermanos (Andrés y Pedro, Santiago y Juan) para ser sus primeros discípulos. Con ellos va a establecer una nueva comunión que no se funda en la primogenitura -en ver quién es el mayor-, sino en el servicio y en la entrega, según el texto evangélico que sugiere: “...quien quiera ser primero entre vosotros sea vuestro esclavo” (Mc 10,43-44). La fraternidad entre los discípulos proviene de la unidad de la llamada a la vocación, que brota de la oración de Cristo al Padre. En este sentido, la filiación en Cristo funda la fraternidad en Cristo. La unión con Él establece una relación singularísima de todos los creyentes con el Padre y una original relación recíproca. Nos damos cuenta de que somos hermanos porque tenemos un solo Padre. San Pablo insiste a través de su teología del cuerpo de Cristo en que la raíz de la unidad del único cuerpo que forman los cristianos es la consecuencia lógica de la unión de cada uno de los miembros con Cristo.

A diferencia de la fraternidad puramente intramundana del marxismo, la fraternidad cristiana se funda, ante todo, en la paternidad de Dios. Si la fraternidad según la Ilustración y el estoicismo se basan en la naturaleza, la fraternidad cristiana tiene como fundamento la fe en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que tiene su pórtico en el Bautismo. Es hoy, por consiguiente, muy necesario redescubrir la raíz de la fraternidad cristiana que no es reducible a filantropía, ni es asimilable al cosmopolitismo estoico o iluminista, sino que es expresión de verdadero universalismo, puesto al servicio de todos.

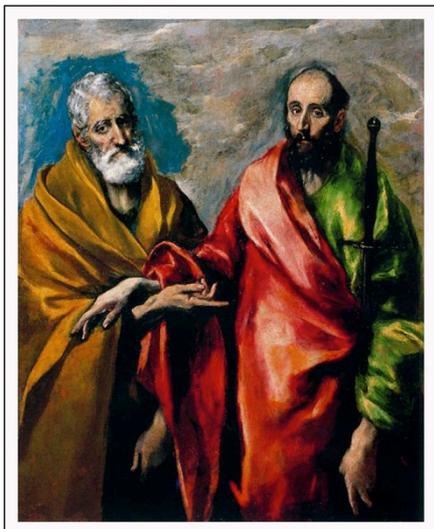
En este sentido, Jesús utiliza el término hermano en tres acepciones distintas. En primer lugar, asume el uso judío del Antiguo Testamento (Mt 5,21s). Un segundo grupo asume el concepto especial de hermano utilizado por los rabinos, a quienes les gustaba llamar “hermanos” a sus discípulos (Lc 22,31s; Mt 28,10; Jn 20,17b). El maestro “*rabbi*” llama a sus discípulos “hermanos”. El tercer uso es típicamente cristiano (Mc 3,31-35). En el cristianismo el parentesco por la sangre es superado por el parentesco espiritual, que es un rango más profundo. La sumisión común a la voluntad de Dios crea ese profundísimo vínculo.

La parábola de Jesús sobre el hijo pródigo quizás podría llamarse “parábola de los dos hermanos”, dada la situación a que da lugar la parábola distinguiendo claramente dos grupos: los publicanos y los pecadores, por un lado, y los fariseos y los letrados, por otro. Como se muestra en la parábola, la envidia



es el pecado contra la fraternidad. Es uno de los siete pecados capitales, pues implica una ceguera respecto al bien que es el hermano. Quien no reconoce la comunicabilidad... del bien, se torna incapaz de reconocer que se ha recibido el mismo don y termina en la negación de la fraternidad. “¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?” (Gn 4,9). El Catecismo de la Iglesia Católica define la envidia como “la tristeza experimentada ante el bien del prójimo y el deseo desordenado de apropiárselo” (CEC 2553). El bautizado combate la envidia mediante la caridad, la magnanimidad, la humildad y el abandono en la providencia de Dios (CEC 2554).

En el discurso escatológico (Mt 25,31-46), Mateo muestra que el criterio del Rey en el juicio que separa a los de su derecha de los de su izquierda es patente: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,40). El premio o castigo eterno se fundan en esta relación fraterna con Cristo que ha de extenderse a todos los que tienen con él esta vinculación. La enorme importancia de estas palabras radica en que expresan una universalidad que hasta el cristianismo ni siquiera se había sospechado.



Pedro y Pablo, representados en esta imagen de El Greco son el contrapunto a Rómulo y Remo, precisamente en la misma ciudad de Roma. Unidos en su martirio, ambos viven la fraternidad cristiana con su inaudita novedad, superando también la relación del Antiguo Testamento entre Caín y Abel. San Pedro denominará a Pablo en una de sus cartas, “nuestro querido hermano” (2 P 3,15).

Para san Pablo es la acción del Espíritu Santo la que va haciéndonos hijos de de Dios y hermanos de Cristo, que recibe el título de “primogénito de muchos hermanos” (Rm 8,14-17.29). En la carta a los Hebreos se insiste en este común origen entre el santificador y los santificados; esta es la razón por la que “no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hb 2,11). De este modo se profundiza en el concepto de paternidad desde una perspectiva trinitaria: la paternidad de Dios se refiere en primer lugar al Hijo, a Cristo, y por él a nosotros. Con estos elementos se elabora la estructura teológica de la fraternidad cristiana.

Para S. Juan, tanto en su Evangelio como en sus cartas, el criterio de la fraternidad es la fe. Esta fe que actúa por la caridad siempre es muy concreta. Por ello el apóstol va a referirse continuamente al amor fraterno dentro de la propia comunidad. En este sentido es llamativo cómo no habla nunca del amor a los hombres en general. Con ello se pone de relieve cómo la hermandad crea un vínculo real, aunque este sea siempre limitado, mientras la humanidad universal queda en un segundo plano, por evitar el riesgo de convertirse en un ideal vacío que se vuelve formal y retórico.

La paternidad de Dios confiere a la fraternidad cristiana su verdadera solidez. De este modo, la fraternidad cristiana se funda en la fe trinitaria que nos



asegura que somos en Cristo realmente hijos del Padre del cielo y hermanos unos de otros por el Espíritu que hemos recibido.

4. Para concluir

La experiencia de la filiación se enriquece, pues, con la experiencia de la fraternidad. Como ser hijo, también ser hermano es una experiencia que hay que aprender a recibir, pues no elegimos a nuestros hermanos sino que nos vienen dados como un don. Con ella se revela que no somos hijos únicos, que el amor de nuestros padres no nos alcanza exclusivamente a nosotros, sino que mis hermanos también son partícipes del mismo. La fraternidad nos hace descubrir que el don de la filiación es un don compartido con otros. Recibir el amor de los padres supone, por tanto, aprender también a intercambiar el amor con los hermanos. Aprender a recibir la fe implica, por tanto, aprender a compartir la fe. La experiencia de la fraternidad está vinculada también con el aprendizaje de la virtud de la justicia que es inseparable de la caridad fraterna que la enriquece. La fraternidad nos libera a la vez de la uniformidad indiferenciada y de la diferencia excluyente que llega a ignorar el origen y el destino común. La fraternidad promueve también la virtud de la generosidad: dar y compartir lo propio con magnanimidad.

5. Concretando

1. Compara y comenta la concepción de la fraternidad en la antigüedad y la modernidad.
2. ¿Cómo es la relación con tus hermanos? ¿Cómo vivimos la corrección fraterna?
3. ¿Cuál es la novedad cristiana sobre la fraternidad y cómo vivirla hoy?
4. ¿Qué prácticas nos ayudan a educar a nuestros hijos en la experiencia fraterna?

6. Compromiso

- Práctica de fraternidad del equipo

7. Y ¿cómo puedo ampliar?

J. RATZINGER, *La fraternidad de los cristianos*, Sígueme, Salamanca 2005.

F. DOSTOIEVSKI, *Los hermanos Karamázov*, Alba editorial, Madrid 2013.